

EL PENSAMIENTO NAHUATL

Miguel León-Portilla

Existen antiguas inscripciones, representaciones iconográficas, códices y otros manuscritos que ofrecen testimonios acerca de la visión del mundo y el pensamiento religioso prevalentes entre los pueblos prehispánicos de idioma náhuatl (conocido también como azteca), de la religión central de México. Hay incluso, entre dichos testimonios, algunos que muestran que hubo sabios, *tlamatíne*, «los que saben algo», que llegaron a plantearse problemas en torno a la divinidad, el origen, ser y destino del hombre y el mundo, paralelos a los que, en otras latitudes y tiempos, han sido objeto de la que se conoce como reflexión filosófica.

Para exponer y valorar lo que fueron esa visión del mundo, así como las reflexiones de carácter más personal y filosófico de los sabios de lengua náhuatl, se adopta aquí el siguiente esquema: 1) Descripción del marco espacio-temporal en que se desarrollaron visión del mundo y discurrir filosófico de los nahuas; (gentes de idioma náhuatl); 2) Las fuentes para su estudio; 3) El legado espiritual de los toltecas que habían imperado en los siglos IX-XII d. C.; 4) Visión del mundo y normas morales de los nahuas de los siglos XIII-XVI d. C.; 5) Cuestionamientos y discurrir filosóficos de algunos sabios, *tlamatíne* y 6) El pensamiento de Nezahualcóyotl (1402-1472).

I. MARCO ESPACIO-TEMPORAL

Un largo desarrollo cultural auténtico caracteriza el pasado prehispánico de México. Hacia mediados del segundo milenio a. C. se inició allí un proceso de transformaciones que culminó con la aparición de una «alta cultura». El proceso se manifestó primero en un ámbito restringido, el de la cultura olmeca, que floreció desde cerca de 1200 a. C. en el área colindante de los actuales estados de Tabasco y Veracruz.

La zona de alta cultura se fue extendiendo y abarcó más tarde la región central de México, una parte de las zonas costeras del Golfo y del Pacífico.

fico, incluyendo el área de Oaxaca, la península de Yucatán, Guatemala, Belice, El Salvador y parte de Honduras y Nicaragua. Esta considerable extensión geográfica donde, desde principios de la era cristiana, se consolidó una peculiar forma de civilización indígena, se conoce como Mesoamérica.

En ella hubo centros urbanos con grandes edificaciones, templos, palacios, mercados, escuelas, campos de juego y numerosas casas de habitación. Existieron también complejas estructuras políticas, sociales, económicas y religiosas. Puede decirse que hubo señores, «reinos» y aun «imperios». Creaciones extraordinarias de los pueblos mesoamericanos fueron sus artes plásticas, sistemas calendáricos y varias formas de escritura, visible en monumentos y libros o «códices».

En ese contexto espacio-temporal se desarrollaron creencias y prácticas religiosas, así como complejas conceptualizaciones acerca del mundo, la divinidad y el existir de los humanos. Han llegado hasta nosotros antiguos testimonios que permiten conocer algo de ese pensamiento, sobre todo en el caso de los pueblos de lengua náhuatl (la que hablaron los toltecas, aztecas y otros), así como de algunos sabios, *ah miatzooob*, de lengua diferente, habitantes de distintas regiones del mundo maya.

Aquí se concentrará la atención en el pensamiento expresado en náhuatl. Los testimonios que de él se conservan, permiten afirmar que llegó a florecer una cierta forma de discurrir filosófico, de considerable interés. Como ya se dijo, el marco temporal se restringe al período sobre el cual es más abundante la documentación y en el cual se subsume un legado cultural mucho más antiguo. Este abarca sobre todo lo que puede describirse como «cosmovisión tolteca», que los aztecas o mexicas del siglo xv a. C. atribuían a una época de esplendor en la que el sabio sacerdote Quetzalcóatl había sido supremo guía espiritual.

El período tolteca se extendió del siglo ix a. C. hasta su final decadencia en el siglo xii d. C. Otros pueblos, también de lengua náhuatl, como los culhuacanos y tezcocanos, preservaron mucho de ese legado que, hacia el siglo XIV, comenzó a influir asimismo en los aztecas o mexicas.

II. FUENTES PARA EL CONOCIMIENTO DE LA COSMOVISIÓN Y EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE LOS PUEBLOS NAHUAS PREHISPÁNICOS

A pesar de las destrucciones y diversas formas de pérdida que acompañaron a la conquista española, se conservan fuentes relativamente abundantes para conocer la evolución cultural prehispánica de México. Respecto de lo que aquí interesa en particular —la visión del mundo y pensamiento filosófico— los testimonios existentes pueden distribuirse en cuatro categorías: códices o libros indígenas prehispánicos; códices indígenas coloniales, copias de otros más antiguos o reelaboraciones hechas en el siglo XVI; textos en náhuatl resultado de transcripción con el alfabeto del contenido de códices o de testimonios de la tradición memo-

rizada en las escuelas sacerdotales indígenas y, finalmente, algunas representaciones iconográficas, acompañadas de signos glíficos en monumentos prehispánicos.

La descripción pormenorizada de estas fuentes se ha hecho en varias obras que se citan en la bibliografía que acompaña a este artículo. Aquí se ofrece una breve relación de lo que aportan las principales fuentes al alcance.

Respecto de la primera categoría, los códices prehispánicos que, en el caso de los pueblos nahuas, se reducen a cinco y un fragmento, puede decirse que muestran aspectos tocantes a la conceptualización del universo, naturaleza y atributos de los dioses, sentido del existir humano en la tierra y significación de los cálculos del tiempo como portador de destinos. En todos estos códices que ostentan nombres relacionados con sus antiguos poseedores europeos —*Borgia* (Biblioteca Vaticana), *Féjerváry-Mayer* (Museo de Liverpool), *Laud* (Biblioteca Bodleiana), *Cospi* (Biblioteca, Universidad de Bolonia), y otro con una designación indicadora del lugar donde se conserva, *Vaticano B*— la información se transmite por medio de imágenes policromas, acompañadas de signos glíficos. Hay páginas de algunos, como la primera del *Féjerváry-Mayer*, donde se contempla la concepción espacio-temporal del universo, que bien podrían compararse a primera vista con algunos manuscritos medievales europeos como, por ejemplo, los llamados «libros beatos», con comentarios del Apocalipsis debidos al Beato de Liévana.

Los códices elaborados en los primeros años que siguieron a la conquista española —segunda categoría de fuentes— abarcan temas históricos, tributarios, genealógicos y también conceptualizaciones referentes a la visión del mundo, la divinidad y el significado y destino del hombre en la tierra. Estos códices son bastante más numerosos. Cabe citar, como muestra, al llamado *Códice Vaticano A*, que incluye elementos para conocer la concepción cíclica de las edades del universo, la imagen vertical del mundo con sus pisos celestes e inferiores, el ser dual de la divinidad y otros acerca de los destinos del hombre.

La tercera categoría de testimonios la integran varios textos de náhuatl, escritos ya con el alfabeto en los que se transcriben los contenidos de códices prehispánicos y de la tradición sistemáticamente memorizada en las escuelas sacerdotales indígenas. Una muestra muy interesante de este género de textos es el que se conoce como *Manuscrito de 1558* o *Leyenda de los Soles* (Biblioteca del Museo Nacional de Antropología, México). Consiste en una «lectura» hecha en náhuatl de un antiguo códice, transscrito por indígenas que habían aprendido ya el alfabeto. Temas como el de los ciclos cósmicos, la dualidad divina y las enseñanzas de Quetzalcóatl, sabio sacerdote tolteca, son parte de su contenido.

También fray Bernardino de Sahagún, entre los muchos textos que recogió a mediados del siglo XVI y que se conservan en náhuatl en los llamados *Códices Matrienses* (Bibliotecas del Palacio Real y de la Academia de la Historia), y *Códice Florentino* (Biblioteca Mediceo-Lauren-

ziana), dio cabida a temas directamente relacionados con la antigua cosmovisión nahua y a algunos tocantes al pensamiento filosófico. De modo especial incluyó un largo libro que intituló *De la retórica y philosophia moral y theología de la gente mexicana*, que integra una colección de *Huehuehtlahtolli*, «testimonios de la antigua palabra», de sabios y sacerdotes. De contenido semejante hay otras tres colecciones de *Huehuehtlah-tolli* conservadas en las Bibliotecas del Congreso de Washington, D. C., Bancroft, en Berkeley, California, y Nacional de México.

* Dentro del *corpus* de estos textos en náhuatl transcritos con el alfabeto hay otros dos conjuntos que merecen especial atención. Incluyen composiciones poéticas concebidas para ser entonadas. Se conocen como *Cantares mexicanos* (Biblioteca Nacional de México) y *Romances de los señores de la Nueva España* (Biblioteca de la Universidad de Texas, Austin). En estos poemas, en su mayoría anónimos, pero algunos debidos a personajes conocidos que vivieron entre los siglos XIV-XVI d. C., se expresan creencias y también dudas y preguntas que pueden compararse con algunos planteamientos de filósofos como los presocráticos. Dar entrada a cuestionamientos acerca de la divinidad, el destino humano y la posibilidad de decir palabras verdaderas en la tierra, precisamente en composiciones concebidas para ser entonadas en público, parece revelar un afán entre algunos sabios nahuas de hacer llegar al pueblo sus propias preocupaciones.)

La cuarta y última categoría de fuentes la proporcionan inscripciones glíficas acompañadas de representaciones iconográficas en numerosos monumentos en piedra y en pinturas murales y aun en vasos de cerámica. Este género de testimonios es muy abundante en el caso de las culturas maya, zapoteca y mixteca. En el de los nahuas, se conservan pinturas murales de gran interés para conocer la visión del mundo, de la etapa Teotihuacana (siglos IV-VII d. C.). En el ámbito maya, además de numerosas estelas con inscripciones, pinturas murales y vasos de cerámica, hay bajorrelieves como los hallados en monumentos en Izapa, Chiapas (del período preclásico tardío, hacia 100 a. C.), que muestran el antiguo origen de algunas creencias muy relacionadas con la visión del mundo que prevalecía, con variantes, en el amplio territorio de Mesoamérica en vísperas de la conquista española.

Con apoyo en estas fuentes pueden conocerse los aspectos sobresalientes de esa compleja cosmovisión y algunas muestras del pensamiento filosófico de sabios que vivieron en distintos lugares de Mesoamérica, sobre todo entre los mayas y los nahuas. Aquí la atención se circunscribe a la etapa mexica o azteca de los nahuas entre 1421 y 1521, un siglo antes de la conquista.

III. EL LEGADO DE QUETZALCOATL Y LA COSMOVISIÓN TOLTECA

Los sabios (*tlamatinime*), de los siglos XIV a XVI tenían conciencia del legado cultural del antiguo mundo tolteca. Para comprender su pensa-

miento es condición indispensable conocer la idea que ellos mismo tenían de esa visión tolteca del mundo. En función de ella habrían de concebir precisamente sus nuevas y peculiares formas de pensamiento. Para ellos, tal cosmovisión aparece como creación del sabio y sacerdote Quetzalcóatl.

Historias y mitos nahuas hablan de Quetzalcóatl, conocido también en los textos como *Ce Acatl Topiltzin*, «aquel que nació en un día 1-Caña, Nuestro Príncipe». Quetzalcóatl (siglo IX? d. C.), siendo aún muy joven, se retiró a vivir solitario para consagrarse a la meditación y al estudio. A los veintitantes años de edad fue buscado por las gentes de Tula para que viniera a ser su gobernante y guía. Los códices *Vaticano A* y el mixteco *Vindobonense* proporcionan, entre otras fuentes, noticias acerca de la vida del sacerdote Quetzalcóatl. Éste edificó en Tula cuatro grandes palacios. Desde ellos gobernó a los toltecas, enseñándoles artes que él mismo había aprendido y sobre todo las doctrinas religiosas a que había llegado en sus meditaciones. Su pensamiento, tal como hoy podemos conocerlo, iba a dar nuevo sentido a una más antigua visión del mundo, preservada en la simbología y en varios mitos comunes a distintos pueblos de Mesoamérica.

En esos mitos aparece el mundo como una isla inmensa dividida horizontalmente en cuatro grandes cuadrantes o rumbos, más allá de los cuales sólo existen las aguas inmensas. Esos cuatro runbos convergen en el ombligo de la tierra e implican cada uno enjambres de símbolos. Lo que llamamos el oriente es la región de la luz, de la fertilidad y la vida, simbolizados por el color blanco; el norte es el cuadrante negro del universo, donde quedaron sepultados los muertos; en el poniente está la casa del sol, el país del color rojo; finalmente, el sur, es la región de las semeras, el rumbo del color azul. El *Códice Féjerváry-Mayer*, muestra la imagen plástica de la superficie del mundo con los glifos que marcan los rumbos cósmicos.

Verticalmente, el universo tiene una serie de pisos o divisiones superpuestas, arriba de la tierra, y debajo de ella.

El Códice *Vaticano A* y otros de la región mixteca como el *Selden*, ofrecen la imagen y símbolos de los estratos celestes e inferiores. Arriba están los cielos que, juntándose con las aguas que rodean por todas partes al mundo, forman una especie de bóveda azul surcada de caminos por donde se mueven la luna, los astros, el sol, la estrella de la mañana y los cometas. Vienen luego los cielos de los varios colores y por fin el más allá metafísico: la región de los dioses. Debajo de la tierra se encuentran los pisos inferiores, los caminos que deben cruzar los que mueren hasta llegar a lo más profundo, donde está el *Mictlán*, la región de los muertos.

Este mundo, lleno de dioses y fuerzas invisibles, había existido, cual realidad intermitente, varias veces consecutivas. A través de años sin número, los dioses creadores habían sostenido entre sí grandes luchas cósmicas. El período de predominio de cada uno de esos dioses había sido una edad del mundo, o un «sol», como lo llamaban los pueblos pre-

MITO

hispanicos. En cada caso había llegado la destrucción por medio de un cataclismo y después el surgir de una nueva edad. Cuatro eran los soles que habían existido y concluido por obra de los dioses; las edades de aire, tierra, agua y fuego. La época actual era la del sol del viento, el quinto de la serie, que había tenido principio, cuando aún era de noche, gracias a un misterioso sacrificio de los dioses que con su sangre lo habían creado y lo habían vuelto a poblar.

En este universo, donde los dioses crean y destruyen, han nacido los hombres «los merecidos» (*macehualtin*) por el sacrificio de los dioses que, con su sangre, los habían «merecido» para la vida. En compensación, los seres humanos tendrán que hacer *tlamacehualiztli*, «merecimiento», sacrificio, incluso de sangre, para compensar a los dioses y mantener así un equilibrio cósmico. La edad presente, como las anteriores, está también amenazada de muerte. Es esta la «edad del Sol de movimiento» (*Ollintonatiuh*), que habrá de terminar con un cataclismo. Los humanos, haciendo «merecimiento», pueden posponer ese trágico final.

El objeto de la reflexión y meditación de Quetzalcóatl fue precisamente esta imagen del mundo. Lo que en ella no pudo entender se convirtió tal vez en motivo que habría de llevarlo a concebir una nueva doctrina acerca de un dios supremo y de una «tierra del color negro y rojo» (*Tlillan, Tlapallan*), el lugar del saber, más allá de la muerte y de la destrucción de los soles y los mundos.

Se afirma en un texto que Quetzalcóatl en su meditación se acercó al misterio de la divinidad: *moteotla*, «buscaba un dios para sí». Quetzalcóatl lo encontró. Concibió a la divinidad, recordando antiguas tradiciones, como un ser uno y dual a la vez que, engendrando y concibiendo, había dado origen y realidad a todo cuanto existe.

El principio supremo es *Ometeotl*, Dios de la Dualidad. Metafóricamente es concebido con un rostro masculino, *Ometecuhtli*, Señor de la Dualidad, y con una fisonomía al mismo tiempo femenina, *Omechihuatl*, Señora de la Dualidad. El es también *Tloque Nahuaque*, que quiere decir el dueño de la cercanía y la proximidad, el que en todas partes ejerce su acción. Códices como el *Borgia*, *Vaticano B* y otros, muestran los atributos del supremo Dios Dual. El siguiente texto habla precisamente de la doctrina concebida por Quetzalcóatl. Se mencionan en él además algunos de los atributos que creyó descubrir el sabio sacerdote en la suprema divinidad dual:

Y se refiere, se dice, que Quetzalcóatl invocaba, hacia dios para sí a alguien que está en el interior del cielo.

Invocab a la del faldellín de estrellas, al que hace lucir las cosas; Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne; la que se viste de negro, el que se viste de rojo; la que da estabilidad a la tierra, el que es actividad en la tierra.

Hacia allá dirigía sus voces, así se sabía, hacia el lugar de la Dualidad, el de los nueve travesaños, con que consiste el cielo. Y como se sabía, invocab a quien allí moraba, le hacía súplicas, viviendo en meditación y retiro (Códice Chimalpopoca).

El Dios Dual, *Ometéotl*, que por la noche cubre su aspecto femenino con un faldellín de estrellas, en tanto que de día es el astro que resplandece e ilumina, aparece también como Señor y Señora de nuestra carne, como aquel que se viste de negro y de rojo, los colores símbolo del saber, y es al mismo tiempo quien da estabilidad a la tierra y es origen de toda actividad en la misma. Pero ese dios que mora en el lugar de la dualidad, más allá de los nueve travesaños celestes, es invocado asimismo con el nombre de «Mellizo Precioso», que esto significa también, además de serpiente de plumas de quetzal, la voz Quetzalcóatl. Probablemente el mismo sabio sacerdote había derivado su nombre de este título de la divinidad suprema; El sacerdote enseñaba así a los toltecas la forma de acercarse a Ometéotl-Quetzalcóatl:

Los toltecas eran cuidadosos de las cosas de dios, sólo un dios tenían, lo tenían por único dios, lo invocaban, le hacían súplicas, su nombre era Quetzalcóatl. El guardián de su dios, su sacerdote, su nombre era también Quetzalcóatl. Y eran tan respetuosos de las cosas de dios, que todo lo que les decía el sacerdote Quetzalcóatl lo cumplían, no lo deformaban. Él les decía, les inculcaba: —Ese dios único, Quetzalcóatl es su nombre. Nada exige, sino serpientes, sino mariposas, que vosotros debéis ofrecerle, que vosotros debéis sacrificarle (*Códice Mecatlante de la Academia*).

Los toltecas comprendieron la doctrina de Quetzalcóatl. Guiados por él, pudieron relacionar así la idea del Dios Dual con la antigua imagen del mundo y el destino del hombre en la tierra:

Y sabían los toltecas que muchos son los cielos, decían que son trece divisiones superpuestas. Allí está, allí vive el verdadero dios y su comparte. El dios celestial se llama Señor de la dualidad y su comparte se llama Señora de la dualidad, señora celeste. Quiere decir: sobre los doce cielos es rey, es señor. De allí recibimos la vida nosotros los *macehuales* (los seres humanos). De allí cae nuestro destino, cuando es puesto, cuando se escurre el níñito. De allí viene su ser y destino, en su interior se mete, lo manda el Señor de la dualidad (*Códice Mecatlante de la Academia*).

El sabio sacerdote insistía en que el supremo Dios Dual era el creador de todo cuanto existe y el responsable de los destinos del hombre. Era necesario acercarse a la divinidad, esforzándose por alcanzarlo más elevado de ella, su sabiduría. Los sacrificios y la abstinencia eran sólo un medio para llegar. Más importante era la meditación dirigida a buscar el verdadero sentido del hombre y del mundo, hacerse dueño de lo negro y lo rojo, las tintas que daban forma a los símbolos y pinturas de los códices. Quetzalcóatl sabía que en el oriente, en la región de la luz, más allá de las aguas inmensas, estaba precisamente el país del color negro y rojo, *Tillan, Tlapallan*, la región de la sabiduría. Avanzando por la región de la luz, podría tal vez superarse el mundo de lo transitorio, amenazado siempre por la muerte y la destrucción.

Quetzalcóatl y algunos de los toltecas marcharían algún día a esa región del saber, a *Tlillan, Tlapallan*.

Pero en tanto que el hombre podía llegar al país de la luz, debía consagrarse en la tierra, imitando la sabiduría del Dios Dual, a la creación de la *Toltecáyotl*, o sea, el conjunto de las artes e instituciones de los toltecas. Entregarse a la *Toltecáyotl* era en el fondo repetir en pequeño la acción del que engendra y concibe, atributo supremo del Dios de la Dualidad.

Precisamente la imagen que los sabios nahuas posteriores tuvieron de Quetzalcóatl y de la *Toltecáyotl*, ofrece con los más vivos colores, cual si fuera un antiguo poema épico, la relación de los hallazgos y creaciones de Quetzalcóatl:

Los toltecas eran sabios, la *Toltecáyotl*, el conjunto de sus artes, su sabiduría, todo procedía de Quetzalcóatl... Los toltecas eran muy ricos, eran muy felices, nunca tenían pobreza o tristeza...

Los toltecas eran experimentados, tenían por costumbre dialogar con su propio corazón. Conocían experimentalmente las estrellas, les dieron sus nombres. Conocían su influjo, sabían bien cómo marcha el cielo, cómo da vueltas... (*Códice Matritense de la Academia*).

La imagen del mundo tolteca en el que todo era abundancia y creación artística, gracias a la sabiduría del sacerdote Quetzalcóatl, no llegó a confundirse, sin embargo, con el más elevado ideal del antiguo sabio y héroe cultural. La grandeza de la *Toltecáyotl* seguía siendo, a pesar de todo, una creación en el tiempo, en un mundo amenazado por una final destrucción. El verdadero ideal era la sabiduría, que sólo podría alcanzarse superando la realidad presente, más allá de las aguas inmensas que circundan al mundo, en *Tlillan, Tlapallan*, el país del color negro y rojo.

La evocación nahua de Quetzalcóatl concluye, transformado ya en mito el gran sacerdote, pasando a narrar su huída de Tula, su abandono de la *Toltecáyotl* y su marcha definitiva a *Tlillan, Tlapallan*. Quetzalcóatl tuvo que irse, forzado por hechiceros venidos de lejos, con el empeño de introducir en Tula el rito de los sacrificios humanos. El sacerdote tuvo un momento de debilidad. Rompió su vida de abstinencia y castidad. Pero arrepentido luego, volvió a erguirse para afirmar de nuevo las ideas a las que había consagrado su vida. Quetzalcóatl se entregó entonces de lleno a su propia concepción religiosa y decidió hacer realidad la búsqueda de *Tlillan, Tlapallan*:

Se dice que cuando vivió allí Quetzalcóatl, muchas veces los hechiceros quisieron engañarlo, para que hiciera sacrificios humanos, para que sacrificara hombres. Pero él nunca quiso, porque quería mucho a su pueblo, que eran toltecas...

Y se dice, se refiere, que esto enojó a los hechiceros. Estos empezaron a escarnecerlo, a burlarse de él. Decían los hechiceros que querían afligir a Quetzalcóatl, para que éste al fin se fuera, como en verdad sucedió.

En el año 1-Caña murió Quetzalcóatl. Se dice en verdad que se fue a morir allá, a la Tierra del Color Negro y Rojo (*Códice Chimalpopoca*).

La creencia en el supremo Dios Dual tenía antiguas raíces entre diversos pueblos del México prehispánico —si se da crédito a las fuentes— pero se debió al sacerdote Quetzalcóatl haberla repensado en su búsqueda del sentido último del hombre y del mundo. En el panteón de los nahuas y de sus vecinos de la región de Oaxaca y del área maya, otros muchos dioses seguían siendo adorados en cuanto fomentadores de las lluvias, los vientos, y la agricultura, o como protectores en la guerra y en un sinúmero de actividades, entre ellas, el comercio y las artes.

Lo que se atribuía al sacerdote Quetzalcóatl era haber propiciado una cierta forma de conceptualización teológica. En virtud de ésta las que aparecen como deidades diferentes, participan de la dualidad y se tornan manifestaciones de ella en las diversas situaciones en que son nombradas con sus propias advocaciones. De esa reestructuración teológica hay evidencias en algunos códices, y en varios *Huehuehtlaholtlli*, en los que el legado tolteca es patente: Así en los códices prehispánicos *Borgia* y *Vaticano-B*, aparecen en unión estrecha, casi unificados, el dios de la Muerte, *Mictlantecuhtli* y el dios del Viento, *Ehécatl*, simbolizando a la suprema dualidad, de la que vida y muerte dependen. Y también, en algunos *Huehuehtlaholtlli* se reiteran identificaciones entre el Dios Dual y *Tezcatlipoca*, «Espejo que ahúma», que a su vez posee el doble aspecto de *Tezcatlanextia*, «Espejo que ilumina». La divinidad, que de múltiples formas se manifiesta, es siempre una y dual a la vez.

El pensamiento atribuido al sacerdote Quetzalcóatl contrasta ciertamente con las creencias en múltiples dioses, la práctica de los sacrificios humanos y el temor de no poder superar en un plano espiritual la muerte personal y el acabamiento del mundo. Al marcharse hacia la región de la luz, dejó Quetzalcóatl un ejemplo. Su legado iba a entrar en conflicto con las creencias de otros pueblos que ocuparían el vacío de poder dejado por los toltecas.

IV. VISION DEL MUNDO Y NORMAS MORALES DE LOS NAHUAS DE LOS SIGLOS XIII-XVI D.C.

Los grupos nahuas que, al ocurrir el abandono de Tula, penetraron en el Valle de México procedentes de las llanuras del norte, eran portadores de una visión del mundo que difería en muchos aspectos de la que se atribuía al sabio sacerdote Quetzalcóatl. En particular los mexicas o aztecas, que llegarían a ejercer amplia hegemonía en la región, aparecen como un pueblo que se considera a sí mismo con un destino providencial. Son ellos los elegidos de su dios tutelar *Huitzilopochtli*. Éste les había revelado su destino y misión en el mundo. Les tenía reservada una tierra en medio de hermosos lagos, desde la cual habrían de expandir su poder hacia los cuatro rumbos del mundo.

Huitzilopochtli ostenta atributos que lo vinculan con *Tezcatlipoca*, «Espejo Humeante» que, se ha dicho ya, con *Texcatlanextia*, «Espejo que ilumina», es una de las manifestaciones binarias del supremo Dios

Dual. A los ojos de los mexicas, Huitzilopochtli se torna presente a través del Sol que es el dador de la vida.

Al entrar en contacto con gentes entre las que perduraban elementos de la antigua visión tolteca del mundo, los mexicas se vieron influidos y las asimilaron en el marco de sus propias creencias. Concediendo un lugar principal a Huitzilopochtli en su asociación con el Sol, dan lugar a una nueva concepción de la dualidad, situándolo en lo más alto de su Templo Mayor al lado de *Tlaloc*, fomentador de los cultivos, y, por ello, vinculado a la tierra. En tanto que *Tlaloc* es una deidad adorada en toda Mesoamérica, *Huitzilopochtli* es patrono de los mexicas. Éstos consideran tener la misión de traer a su culto a todos los pueblos que habrán de ser conquistados por ellos.

Los mexicas hacen suya la antigua creencia acerca de un sacrificio primordial de los dioses que habían «merecido» la presente edad cósmica y los hombres que en ella viven. Pero, a diferencia de los toltecas que, en compensación, hacían *tlamacehualiztli*, «merecimiento», por medio de variadas ofrendas y también con penitencias o autosacrificios, los mexicas practican ampliamente diversas formas de sacrificios humanos, a los que —según lo refieren las fuentes— Quetzalcóatl se había opuesto.

Los mexicas no sólo los aceptan sino que, a la luz de su persuasión del destino hegemónico que consideran les había otorgado Huitzilopochtli, organizan sus guerras de conquista dirigidas a un doble propósito: expandir los dominios de su dios y obtener víctimas para los sacrificios que se celebraban cada veintena de días de acuerdo con su calendario. Haciendo suya la antigua imagen del universo, con sus orientaciones a los cuatro cuadrantes del mundo y sus estratos superiores e inferiores, conciben la existencia del hombre en la tierra, vinculada inexorablemente a los destinos de cada momento del tiempo que se tornan presentes en el escenario terrestre y que pueden conocerse a través de los cálculos calendárico-astrologicos y asimismo en función de la misión suprema de la nación mexica.

En estrecha relación con tales convicciones los mexicas hacen suya una moral rígida que todos deben acatar. Violarla implica romper el orden del universo que se manifiesta a través de los días y sus destinos, de acuerdo con el calendario sagrado, el *Tonalpohualli*, «Cuenta de los días». Quien miente, roba, se embriaga, adultera, mata a otro, rehuye el combate, deja de trabajar o realiza cualquier otra forma de quebrantamiento del orden (*tlahltacoa*) daña a su propio rostro y corazón, se está destruyendo a sí mismo y, en muchos casos, llegará a ser castigado con la pena de muerte.

Tales principios se inculcaban en las escuelas que había en las distintas comunidades, las *telpochcalli*, «casas de jóvenes». También se reiteraban en los discursos de inspiración tolteca pero adaptados a los nuevos ideales, es decir, en los testimonios de «la antigua palabra», los *huehuehtlahollí*. Esas normas morales, en un nivel más elevado, eran objeto de elucubraciones en las escuelas sacerdotiales, los *cilmécac*, «hile-

ras de casas», donde se transmitían y enriquecían los conocimientos acerca de la divinidad, el mundo y las relaciones humanas.

Puesto que la moral está básicamente vinculada con el destino del hombre en la tierra, con su perfeccionamiento o su propia destrucción, las creencias en torno a la existencia después de la muerte se conciben desde una perspectiva coherente con tales doctrinas. El cuerpo del que muere se consume al ser quemado en la tierra. Su *yóllotl*, «corazón», en el sentido de fuente y aliento de vida, marcha entonces a uno de varios posibles lugares, situados en los estratos superiores o en los inferiores del mundo.

El paso a uno de esos lugares lo determinan de modo inescrutable los dioses. Así, los que mueren como elegidos del Señor y la Señora de las aguas celestes y terrestres —bien sea de rayo, ahogados o con alguna «enfermedad acuosa» como la hidropesía— marchan al *Tlalocan*, lugar de Tláloc, jardín de deleites, conocido también como *Xochitlalpan*, «Tierra de flores». Tal sitio se ubica en uno de los estratos superiores del universo.

A su vez los guerreros que pierden la vida en la batalla y las mujeres que fallecen de parto —con quien podrá ser un futuro guerrero, en su vientre— son elegidos del Sol. Su destino será acompañarlo en el *Tonatiuh-ilhuicac*, «Cielo del Sol». Los hombres estarán a su lado desde el amanecer hasta el zenit y las mujeres, desde ese momento, hasta el ocaso.

El más frecuente de los destinos después de la muerte se sitúa en los estratos inferiores del universo. Ese destino, ligado a múltiples pruebas en extremo terribles, se presenta al final como oscuro y aniquilante. Se dice que cuatro años después de haber llegado el hombre ante el Doble Señor-Señora de la región de los muertos, *cecmpolin*, «del todo perece».

V. CUESTIONAMIENTOS Y DISCURRIR FILOSOFICO DE ALGUNOS SABIOS (TLAMATINIME)

Tanto entre los mexicas, como en otros señoríos, en especial en Tezcoco, hubo sabios que habían ahondado en las doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl. Poniéndolas en parangón con lo que eran las creencias y visión del mundo que había hecho suyas la nación mexica, diversos cuestionamientos surgieron en su ánimo. Unos se refirieron al destino del hombre en la tierra y sus formas de obrar. Otros tocaron el espinoso tema de la posibilidad de decir palabras verdaderas acerca de la divinidad. Finalmente, algunos de esos cuestionamientos versaron sobre la muerte y el más allá.

Es sobre todo en los poemas y cantos, así como en algunos discursos o exposiciones donde varios *tlamatinime* dieron expresión a sus preguntas y esbozaron a veces principios de respuesta. El hecho de que sus cuestionamientos resonaran a veces en los cantos, concebidos para ser entonados y acompañados por la música, denota que se atrevían a hacer sentir

al pueblo la angustia que los asfixiaba ante los que consideraban como enigmas no resueltos. En tanto que algunos de estos *tlamatinime* son para nosotros anónimos, conocemos los nombres y algo de las vidas de otros.

Del manuscrito *Cantares mexicanos* proviene esta composición anónima en la que se cuestiona qué es lo que puede dar sentido a la acción del hombre en la tierra:

¿Qué era lo que acaso encontrabas?
¿Dónde andaba tu corazón?
Por esto das tu corazón a cada cosa,
sin rumbo lo llevas; vas destruyendo tu corazón.
Sobre la tierra, ¿acaso puedes ir en pos de algo?
(*Cantares mexicanos*)

Se pregunta el sabio forjador de cantos qué es lo que el corazón puede encontrar de verdaderamente valioso. Tu corazón: *moyollo*. En náhuatl, *mix, moyollo* (*tu rostro, tu corazón*), significa «lo más íntimo del ser». El hombre, ser sin reposo, da su corazón a cada cosa (*timoyol, cecenmana*) y andando sin rumbo (*ahuicpa*), perdiendo su corazón, se pierde a sí mismo.

Apremiante aparece así la pregunta de la línea final: sobre la tierra, ¿acaso puedes ir en pos de algo (*In tlaltícpac can mach ti itlatiuh?*), que plantea el problema de la posibilidad de dar con algo capaz de satisfacer al corazón del hombre, aquí, «sobre la tierra» (*in tlaltícpac*), término que se contrapone al complejo idiomático *topan, mictlan*, «lo que está sobre nosotros, en la región de los muertos», es decir, en el más allá.

En otros cantos de la misma colección, ahondando más en la pregunta sobre cómo encontrar algo verdaderamente valioso sobre la tierra, se plantea abiertamente la cuestión de la finalidad de la acción humana:

¿A dónde iremos?
Sólo a nacer venimos.
Que allá es nuestra casa:
donde es el lugar de los descarnados.

Sufro: nunca llegó a mí alegría, dicha.
—
¿Aquí he venido sólo a obrar en vano?
No es ésta la región donde se hacen las cosas:
Ciertamente nada verdea aquí:
abre sus flores la desdicha.
(*Cantares mexicanos*)

Los sabios nahuas buscan, ante la realidad estrujante del sufrimiento, y la urgencia de encontrar una explicación a su vida y a sus obras amenazadas de exterminio por el anunciado fin del Sol, que pondrá término a todo lo existente. A la persuasión de que todas las cosas tendrán que perecer fatalmente, se suma la duda sobre lo que puede haber más allá:

EL PENSAMIENTO NAHUATL

¿Se llevan las flores a la región de la muerte?
¿Estamos allá muertos o vivimos aún?
¿Dónde está el lugar de la luz pues se oculta el que da la vida?
(*Cantares mexicanos*)

Quienes preguntan, no están satisfechos con las respuestas dadas por las creencias vigentes. Por eso dudan y admiten que hay un problema. Quieren ver con mayor claridad cuál es el destino de la vida y qué importancia tiene afanarse en el mundo. El destino del hombre después de la muerte aparece incierto, a pesar de las doctrinas religiosas. Pensando en los diversos estratos del mundo, un sabio nahua se pregunta:

¿A dónde iré?
¿a dónde iré?
El camino del Diós de la dualidad.
¿Acaso es tu casa en el sitio de los descarnados?
¿en el interior del cielo?
o solamente aquí en la tierra es el sitio de los descarnados?
(*Cantares mexicanos*)

Analizando el poema, se ve que su planteamiento de la cuestión es decisivo: sabiendo que «hay que irse», se busca el camino que pueda llevar a la vida, a *Ometéotl*, el Diós dual. Y las posibilidades, desde el punto de vista humano, son éstas: 1) el camino que siguen «los descarnados» (quienes mueren) está sólo aquí en la tierra, o, 2) está más allá del mundo. En ese caso lleva: a) al *Mictlán*, lugar donde se aniquilan los muertos o, b) «al interior del cielo», sitio de dicha y placer.

Tal planteamiento que presenta, por vía de exclusión, las posibilidades que se abren a quien medita seriamente en el tema de la muerte, dio luego origen a varias reacciones. La primera, aceptando que «solamente aquí en la tierra (donde son quemados o enterrados los hombres), es el sitio de los descarnados», lleva a sacar una conclusión:

Jloro, me siento desolado:
recuerdo que hemos de dejar las bellas flores y cantos.
¡Deleitémonos entonces, cantemos ahora!
pues que totalmente nos vamos y nos perdemos...

No se aflajan vuestros corazones, amigos míos;
como yo lo sé, también ellos lo saben,
una sola vez se va nuestra vida.
¡Venid y gocemos!
Que no lo hagan los que viven airados,
la tierra es muy ancha...

(*Cantares mexicanos*)

Al lado de esta primera postura, coexistió entre los sabios nahuas el pensamiento de quienes, con mayor apego a las ideas religiosas tradi-

cionales, aceptan la segunda posibilidad: nuestro destino está en el *Mictlán o Ximoayan* (lugar de los descarnados), donde tal vez sólo hay sufrimiento. Se trata, como lo muestran los textos, de una posición no exenta de dudas, que no logra librarse de las viejas creencias, pero que tampoco las acepta con firmeza:

¿Acaso allá somos verdaderos?
¿vivimos donde sólo hay tristeza?
¿Acaso es verdad, acaso no es verdad, como dicen?
No se aflian nuestros corazones.
¿Cuántos de cierto dicen qué es verdad o qué no es verdad allí?
Tú sólo te muestras inexorable, Dador de la vida...
No se aflian nuestros corazones.

(*Cantares mexicanos*)

Hubo también entre los *tlatamatinime* una tercera tendencia que, aceptando el carácter de experiencia única que implica esta vida, así como el misterio que rodea al más allá, se encaminó no obstante por la vía de la afirmación con el lenguaje de las «flores y los cantos»:

De verdad no es el lugar del bien aquí en la tierra:
de verdad hay que ir a otra parte:
allá está la felicidad.
¿O es que sólo en vano venimos a la tierra?
Ciertamente otro sitio es el de la vida.

(*Cantares mexicanos*)

A enunciados y preguntas como éstas se suman otros cuestionamientos aún más radicales:

¿Acaso son verdad los hombres?
Por tanto ya no es verdad nuestro canto.
¿Qué está por ventura en pie?
¿Qué es lo que viene a salir bien?

(*Cantares mexicanos*)

Para la mejor comprensión de este texto importa señalar que *verdad*, en náhuatl, *neltliztli*, es término derivado del mismo radical que *tlā-nél-huatl*, ralz, del que a su vez directamente se deriva *nelhuáyotl*, cimiento, fundamento. No es por tanto mera hipótesis afirmar que la silaba temática *nel-* connota originalmente la idea de «fijación o enraizamiento profundo». En relación con esto, puede pues decirse que etimológicamente «verdad», entre los nahuas, era en su forma abstracta (*neltliztli*), la cualidad de estar firme, bien cimentado o enraizado. Así se comprenderá mejor la pregunta del texto citado: ¿acaso son verdad los hombres?, que debe entenderse como: ¿acaso poseen los hombres la cualidad de ser algo firme, bien enraizado? Esto puede corroborarse con la interrogación que aparece dos líneas después, en la que expresamente

EL PENSAMIENTO NAHUATL

se pregunta, ¿qué está por ventura en pie?, lo cual, puesto en relación con las afirmaciones hechas sobre la transitoriedad de las cosas, adquiere su más completo sentido. La preocupación nahua al inquirir si algo «es verdad» o «está en pie», se dirige a saber si hay algo fijo, bien cimentado, que escape al sólo un poco aquí, a la vanidad de las cosas que están sobre la tierra (*tlalticpac*), que parecen un sueño.

Una respuesta dieron a esta pregunta algunos sabios, al afirmar que *
tan sólo la poesía, los cantos y las flores pueden ser un camino para decir palabras verdaderas en la tierra. En tal sentido se expresó un sabio nahua de nombre conocido, de cuyo pensamiento algo se conserva.

VI. EL PENSAMIENTO DE NEZAHUALCOYOTL

Varios son los sabios *tlamatinimí* de los que se conservan algunas expresiones de su discurrir filosófico. Aunque se concentra aquí la atención en Nezahualcóyotl, tal vez el más conocido, se hará también breve mención de otros.

Uno de ellos es Ayocuan Cuetzpaltzin del señorío de Tecamachalco, en el actual Estado de Puebla. Hacia la segunda mitad del siglo XV, este texto le muestra preocupado hondamente por la inestabilidad de lo que existe:

¡Que permanezca la tierra!
¡Que estén en pie los montes!
Así venia hablando Ayocuan Cuetzpaltzin,
en Tlaxcala, en Huexotzinco.
¡Que se haga entrega de flores
de maíz tostado, flores de cacao!
¡Que permanezca la tierra!

(*Cantares mexicanos*)

Otro, de nombre Tochihuitzin Coyolchiuhqui, que fue señor de Teotlalzinco en las estribaciones orientales del volcán Iztaccíhuatl y vivió en la primera mitad del siglo XV, expresó con un tono nahua la casi universal metáfora de la vida comparada con el sueño:

Así lo dejó dicho Tochihuitzin.
Así lo dejó dicho Coyolchiuhqui:
De pronto salimos del sueño,
sólo vinimos a soñar,
no es cierto, no es cierto,
que vinimos a vivir sobre la tierra.
Como yerba en primavera
es nuestro ser.
Nuestro corazón hace nacer,
germinan flores de nuestra carne.
Algunas abren sus corolas,
luego se secan,
Así lo dejó dicho Coyolchiuhqui.

(*Cantares mexicanos*)

Expresiones como éstas, si se quiere aisladas, dejan entrever que hubo pensadores en México prehispánicos que dejaron testimonio de sus cuestionamientos acerca de temas también objetos del filosofar en otros tiempos y latitudes. Al más conocido de estos sabios, Nezahualcóyotl, se concede aquí particular atención.

Nezahualcóyotl vivió de 1402 a 1472. Nacido en Tezcoco, hijo del rey Ixtlilxóchitl, pasó los primeros años de su juventud en medio de persecuciones. Siendo aún niño, vio morir a su padre asesinado y contempló la ruina de Tezcoco sometido al poder del Estado vecino de Azcapotzalco. Varias crónicas indígenas refieren su vida azarosa, hasta que llegó el momento en que, aliado de los mexicas, logró la independencia de Tezcoco, al que por derecho propio volvió a gobernar. Su largo reinado aparece en los textos como una época de esplendor, en la que florecen extraordinariamente las artes y la cultura. Nezahualcóyotl edificó palacios, templos y jardines botánicos y zoológicos, fue consejero de los reyes mexicas.

Como legislador, promulgó una serie de leyes, muchas de las cuales se conservan en antiguas transcripciones que dejan ver su sentido de justicia. Pero el mérito más notable de Nezahualcóyotl es probablemente la profundidad de su pensamiento que ha llegado hasta nosotros, gracias al testimonio de historiadores indígenas, y en forma más directa, en sus composiciones poéticas y discursos. Conocedor del antiguo pensamiento tolteca, a pesar de verse presionado políticamente por la ideología guerrera de sus aliados mexicas, dio a sus ideas un sesgo personal e independiente. Algunos textos que con fundamento pueden atribuirsele, muestran sus ideas principales. Entre ellas están, como punto de partida de su pensamiento, su afirmación reiterada del cambio, del tiempo, expresado en náhuatl por la palabra *cáhuatl*; «lo que nos va dejando», y en resumen, de la fugacidad de todo lo que existe. Consecuencia de esta experiencia suya es su casi obsesión por el tema de la muerte y la posibilidad de superarla de algún modo, encontrando una raíz y un apoyo más allá del cambio y del tiempo.

Todo en *tlaltícpac*, sobre la tierra, es transitorio, aparece un poco aquí, para luego desgarrarse y desvanecerse para siempre. He aquí la expresión de Nezahualcóyotl:

¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarra.
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.

(Cantares mexicanos)

Si el jade y el oro se quiebran y rompen, los rostros y corazones, más frágiles aún, por muy nobles que hayan sido, como flores secas se desvanecen:

EL PENSAMIENTO NAHUATL

Sólo un instante dura la reunión,
por breve tiempo hay gloria...
Ninguno de tus amigos tiene raíz,
sólo un poco aquí nos damos en préstamo;
tus flores hermosas...
sólo son secas flores.

(*Cantares mexicanus*)

La persuasión de que en *tlālticpac* sólo por breve tiempo duran las cosas es raíz de la tristeza, pero también principio de nuevas formas de pensamiento en el ánimo de Nezahualcóyotl. Éste expresa su duda preguntándose a dónde hay que ir, o qué sabiduría hay que encontrar para llegar a *Quenonamican*, «dónde de algún modo se vive», a *can on ayac micohua*, a «dónde la muerte no existe»:

¿A dónde iremos
donde la muerte no exista?
Mas ¿por esto viviré llorando?
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.
Aun los príncipes a morir vinieron,
hay incineramiento de gente.
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.

(*Cantares mexicanos*)

Nezahualcóyotl enderezó su corazón, lo que equivale a decir, entendiendo la connotación náhuatl de *yólotl*, «corazón», que dio un sentido a su núcleo dinámico. Afirma haber descubierto el significado profundo de «flor y canto», expresión náhuatl del arte y el símbolo, para acercarse, desde *tlālticpac*, a la realidad del *Topan, Mictlán*, «lo que está sobre nosotros y la región de los dioses y de los muertos». Cuatro líneas dan testimonio de su descubrimiento:

Por fin lo comprende mi corazón:
escucho un canto,
contemplo una flor,
¡Ojalá no se marchiten! —
(*Romances de los Señores*)

El corazón que ha comprendido al fin cuál ha de ser su camino, desea entones hallar cantos y flores que no se marchiten. Su corazón habrá de encontrar flores y cantos con vida y raíz: *

No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo, cantor, los elevo,
se reparten, se espacien.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Aun cuando las flores
se marchitan y amarillecen,
serán llevadas allá,
al interior de la casa
del ave de plumas de oro.
(Cantares mexicanos)

El rostro y el corazón del hombre en *tlaltecpac* está cerca y lejos del supremo Dador de la vida. Como noche y viento que es para el hombre, permanece oculto e inalcanzable. El pensamiento de Nezahualcóyotl ahondando en el misterio, señala esta imposibilidad de acercarse a él:

Sólo allá en el interior del cielo
Tú inventas tu palabra,
¡Dador de la vida!
¿Qué determinarás?
¿Tendrás fastidio aquí?
¿Ocultarás tu fama y tu gloria en *tlaltecpac*?
¿Qué determinarás?
Nadie puede ser amigo
del Dador de la vida...
¿A dónde pues iremos...?
Enderezáos, que todos
tendremos que ir al lugar del misterio...
(Cantares mexicanos)

Mas a pesar de haber afirmado que «nadie puede decirse o ser amigo del Dador de la vida», Nezahualcóyotl continuó su búsqueda. Muchas son las flores y los cantos de sus textos acerca de la divinidad. El siguiente es expresión de preguntas sobre la realidad y raíz de quien en sí mismo inventa su palabra:

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?
Sólo quien todas las cosas domina,
el Dador de la vida.
¿Es esto verdad?
¿Acaso no lo es, como dicen?
¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!

Todo lo que es verdadero,
(lo que tiene raíz),
dicen que no es verdadero
(que no tiene raíz).
El Dador de la vida
sólo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones
no tengan tormento!
Porque él es el Dador de la vida.
(Romances de los Señores)

Por encima de las dudas y del misterio que circunda al Dador de la vida, es menester aceptar su realidad. Esto es lo único que de hecho da tranquilidad y raíz al corazón. Tal parece ser la conclusión a que llegó Nezahualcóyotl en su esfuerzo por acercarse al misterio. Si el supremo Dios Dual es arbitrario e incomprendible, es también el Dador de la vida. Los rostros humanos deben aceptar el misterio; deben invocarlo y alabarla. Así se puede vivir en *tlalticpac*. El siguiente texto de Nezahualcóyotl aparece, desde este punto de vista, como la síntesis final de su pensamiento:

No en parte alguna puede estar la casa del inventur de sí mismo.
 Dios, el señor nuestro, por todas partes es invocado,
 por todas partes es también venerado.
 Se busca su gloria, su fama en la tierra.
 Él es quien inventa las cosas,
 él es quien se inventa a sí mismo: Dios.
 Por todas partes es invocado,
 por todas partes es también venerado.
 Se busca su gloria, su fama en la tierra.

Nadie puede aquí,
 nadie puede ser amigo
 del Dador de la vida;
 sólo es invocado,
 a su lado,
 junto a él,
 se puede vivir en la tierra.

El que lo encuentra,
 tan sólo sabe bien esto: él es invocado,
 a su lado, junto a él,
 se puede vivir en la tierra...

(Romances de los Señores)

Nadie puede ser amigo del Dador de la vida, nadie puede estar acaso a su lado en la tierra, pero al mismo tiempo es destino humano buscarlo, como quien entre las flores va en pos de alguien. El que lo invoca, el que lo busca, podrá vivir en la tierra. Podrá incluso decir que se encuentra a su lado, junto a él, precisamente porque él es «Dueño de la cercanía y la proximidad». El pensamiento lleva probablemente a la duda: «¿eres tú verdadero, tienes raíz?». Porque, «todo lo que es verdadero, dicen que no es verdadero...».

La imposibilidad de comprender la raíz del que sólo se muestra arbitrario, hace sufrir al corazón. Invocarlo, en cambio, parece ya haberlo encontrado, da descanso y hace posible existir en *tlalticpac*. Persuadido Nezahualcóyotl de que no acabarán sus flores y sus cantos, confía y reposa en esta postrera conclusión: el Dador de la vida nos embriaga aquí en la tierra y nosotros lo seguimos buscando, «como si entre las flores buscáramos a alguien».

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Los textos citados, composiciones suyas, las de los otros sabios anónimos expuestas antes y las que se conservan en los manuscritos existentes son evidencia de que hubo en el México prehispánico quienes se plantearon preguntas acerca del destino del hombre en la tierra y el más allá, el misterio de la divinidad y la posibilidad de decir palabras verdaderas. En su pensamiento afloró así una forma de discurrir filosófico.

BIBLIOGRAFIA

- Anders, F. y Marten, J. (1988), *Schrift und Buch in Alten Mexico*, Akademische Druck- and Verlaganstalt, Graz.
- Caso, A. (1983), *El Pueblo del Sol*, FCE, México.
- Garibay, A. M. (1953-1954), *Historia de la literatura náhuatl*, Porrúa, México, 2 vols.
- Garibay, A. M. (1963-1968), *Poesía náhuatl I, II, III, Romances de los señores de la Nueva España y Cantares mexicanos*, UNAM, México.
- León-Portilla, M. (1986); *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, UNAM, México, 8^a ed.
- León-Portilla, M. (1984), *Trece poetas del mundo azteca*, UNAM, México, 6^a ed.
- León-Portilla, M. (1987), *Toltecáyotl, aspectos de la cultura náhuatl*, FCE, México.
- Soustelle, J. (1940), *La pensée cosmologique des anciens mexicains*, Hermann et Cie., París.
- Zantwijk, van, y Rudolf, A. M. (1957), «Aztec hymns as the expression of the Mexican philosophy of life»: *Internationales Archiv für Ethnographie* (Leiden), XLVIII/1, 67-118.
- Zantwijk, van et al. (eds.) (1990), *Mesoamerican dualism*, Faculteit Sociale Wetenschappen, Utrecht.